

Caritas in Veritate: encíclica global, teológica y social

Rafael María Sanz de Diego

El día de San Pedro y San Pablo firmó el Papa su tercera encíclica, apellidada como social. Pensada para publicarse el 2007, para conmemorar los cuarenta años de «Populorum Progressio» (PP, 1967), la necesidad de profundizar más en las causas de la crisis financiera dicen que ha motivado el retraso de su aparición. Se presentó el martes 7 de julio, realizadas ya las traducciones oficiales. Es un documento largo y denso, que, al presentar ahora en su conjunto, se puede calificar ante todo como encíclica global y teológica, además de social.

Encíclica global

No sólo porque aparece en tiempos de globalización y porque trata de ella, de forma especial aunque no única, en el capítulo 3.º. Es que tiene algo de tratado, de enciclopedia: toca muchos temas, quizá demasiados. Su abundancia no lleva al Papa a tratarlos superficialmente y sin rigor –impensable en **Ratzinger**–, pero el lector puede sentirse abrumado o perderse en detalles, olvidando el núcleo del pensamiento. Contribuyeron a ello algunos de los comentarios primeros, que subrayaban, no siempre con acierto, lo que creían novedad de *Caritas in Veritate* (CiV).

La encíclica aborda sucesivamente temas económicos: el aumento de

riqueza mundial y las desigualdades crecientes, la corrupción ante las ayudas internacionales, los sindicatos, la movilidad laboral, el hambre, el mercado, la globalización, la subsidiaridad fiscal, las migraciones, un trabajo «decente», las finanzas, las asociaciones de consumidores... Junto a ellos, te-

*los números entrados
en la relación entre
el amor y la verdad
pueden ser la clave
hermenéutica del conjunto,
que ilumine sobre el
tratamiento de los temas
concretos*

mas más claramente políticos: los poderes públicos y su eficacia hoy, la correlación entre deberes y derechos, el crecimiento demográfico, la gestión de los flujos migratorios, la deslocalización empresarial, la autoridad mundial... También aspectos culturales (eclecticismo cultural, la protección excesiva del derecho de propiedad intelectual, especialmente en el ámbito sanita-

rio, el saber humano y la investigación, la bioética, los Medios de Comunicación Social, la educación, la educación sexual), sociales (el respeto a la vida desde su comienzo hasta su final, la ecología y la energía, la familia y el matrimonio entre hombre y mujer, la solidaridad y subsidiariedad). Y, por supuesto, como tema central, la filosofía sobre el sentido de la vida, la soledad humana, la libertad religiosa, el humanismo abierto a Dios, Amor y Verdad, que debe inspirar al ser humano.

En el fondo es inevitable. Si seguimos creyendo –y **Benedicto XVI** lo mantiene– que el desarrollo, en expresión de **Pablo VI**, deber ser *integral* (de todo el hombre) y *solidario* (para todos los hombres) es preciso, para no caer en visiones parciales y sesgadas, apuntar a todos estos ámbitos. Con todo, es posible leer CiV atendiendo al núcleo básico, que nos sirva de hilo de Ariadna para no perder el rumbo entre sus recovecos.

Personalmente pienso –no soy el único– que el núcleo central de esta encíclica está en la Introducción (más larga de lo habitual, números 1-9), en los números 34 y 52 (comienzo del capítulo 3 y final del 4) y en la conclusión (breve: números 78-79). Hay quien piensa –aunque hoy no estoy en condiciones de afirmarlo– que son los

párrafos más personales del Papa, salidos de su pluma. En realidad toda la encíclica está firmada y asumida por él, todos los números reflejan su enseñanza. Pero creo posible afirmar que estos números, centrados en la relación entre el amor y la verdad, pueden ser la clave hermenéutica del conjunto, que ilumine sobre el tratamiento de los temas concretos.

Encíclica teológica

Es claro que el Papa actual es un teólogo y en su servicio petrino sigue siéndolo: sus dos encíclicas anteriores y sus discursos lo muestran. En ésta, que es social, hace un diagnóstico crítico de la sociedad: le falta, como anticipó **Pablo VI**, fraternidad y pensamiento. Por eso PP 20 hacía notar que para promover el desarrollo, además de técnicos eran precisos pensadores. No es difícil entender por qué en CiV los dos grandes valores propugnados son amor y verdad. Ésta vez el título de la encíclica indica no sólo sus palabras iniciales, sino sobre todo sus conceptos básicos. En la introducción aborda la relación entre ambos: «Sin verdad, la caridad cae en mero sentimentalismo. El amor se convierte en un envoltorio vacío que se rellena arbitrariamente. Éste es el riesgo fatal del amor en una cultura sin ver-

dad» (3). «Un cristianismo de caridad sin verdad se puede confundir fácilmente con una reserva de buenos sentimientos, provechosos para la convivencia social, pero marginales. De este modo, en el mundo no habría un verdadero y propio lugar para Dios» (4). «La verdad preserva y expresa la fuerza liberadora de la caridad. (...) El desarrollo, el bienestar social, una solución adecuada a los graves problemas socioeconómicos que afligen a la humanidad, necesitan esta verdad (...). Sin verdad, sin confianza y amor por lo verdadero, no hay conciencia y responsabilidad social, y la actuación social se deja a merced de intereses privados y de lógicas de poder, con efectos disgregadores sobre la sociedad, tanto más en una sociedad en vías de globalización, en momentos difíciles como los actuales» (5).

Como indica al comienzo de la encíclica, hay que unir la caridad a la verdad en el sentido señalado en la carta a los efesios (*veritas in caritate*) y también en sentido inverso y complementario: *caritas in veritate* (2). Ambos conceptos remiten a Dios, Amor y Verdad.

Estas breves citas nos abren a un pensamiento nuclear de la encíclica. Lo podemos llamar Humanismo integral, el de **Maritain**, que tanto influyó en **Pablo VI** o con-

traponerlo al humanismo ateo del que hablaba el jesuita **De Lubac**. El actual Papa repite una convicción de su predecesor **Pablo VI**: un humanismo cerrado a Dios es inhumano e impide el desarrollo auténtico (PP 42). **Benedicto XVI** lo confirma y concreta: «Cuando el Estado promueve, enseña o incluso impone formas de ateísmo práctico, priva a sus ciudadanos de la fuerza moral y espiritual indispensable para comprometerse en el desarrollo humano integral» (29). Lo acababa de decir en positivo: «Dios es el garante del verdadero desarrollo del hombre» (29), y antes: «El anuncio de Cristo es el primero y principal factor de desarrollo» (8).

Para que no quede duda, dedica el número 54 de CiV a la Santísima Trinidad, que ilumina las relaciones humanas y la actitud ante el desarrollo: «También las relaciones entre los hombres a lo largo de la historia se han beneficiado de la referencia a este Modelo divino. En particular, *a la luz del misterio revelado de la Trinidad*, se comprende que la verdadera apertura no significa dispersión centrífuga, sino compenetración profunda. Esto se manifiesta también en las experiencias humanas comunes del amor y de la verdad». Es evidente que estamos ante una encíclica teológica, que además entronca con la

teología que **Ratzinger**, en unión con **Urs von Balthasar**, desarrolló a partir del Vaticano II: la teología de la comunión.

Encíclica social

Obviamente lo es también. Hace una crítica clara a la sociedad y al intento de que el hombre se redima prometeicamente a sí mismo. Al analizar las causas del subdesarrollo –y en esto coincide cercanamente con PP– enumera dos carencias, ya aludidas: la falta de fraternidad y la falta de pensamiento (19). No es extraño por esto que presente el amor y la verdad como el camino de solución a la crisis. Y que defina la globalización como algo más que un proceso socioeconómico. Necesita una orientación personalista, abierta a la trascendencia. En principio la globalización no es buena ni mala: será lo que hagamos de ella. No tiene sentido quejarse de ella ni condenarla. Más bien debemos trabajar para no ser víctimas, sino orientadores de este proceso (42).

Hans Langendörfer, S.J., Secretario de la Conferencia Episcopal alemana, ha especificado: más allá de técnicas, programas y medios para salvar bancos o sectores de la economía –legítimo y necesario

todo-, la cuestión de fondo, a la que responde CiV es *¿para qué todo esto?*

Lo que no es esta encíclica

Quizá, una vez expresado lo que es CiV, puede ser aclaratorio exponer lo que no es. No es una encíclica *política*, como expone el Papa, repitiendo posturas de **Pablo VI** y de él mismo en *Deus caritas est*: La Iglesia no tiene soluciones técnicas que ofrecer y no pretende «de ninguna manera mezclarse en la política de los Estados» (9). No obstante, tiene una misión de verdad que cumplir en todo tiempo y circunstancia en favor de una sociedad a medida del hombre, de su dignidad y de su vocación.

De la misma manera y por la misma razón no es estrictamente *económica*: deja a la sabiduría de los expertos las medidas que deben adoptarse ante la crisis, señalando, eso sí, algunos valores: la lucha contra el hambre debe ser un objetivo de estas medidas (27), como debe serlo conseguir un trabajo «decente», que supere la violación de la dignidad del trabajo humano (63) o el respeto a los derechos humanos y a todo lo que conforma un Estado de derecho (41). Son indicaciones genéricas, aunque el Papa hace suya la

enseñanza de **Pablo VI**: «Toda acción social implica una doctrina» (30). Al presentar la encíclica el cardenal **Martino** distinguió: CiV aparece durante la crisis, pero no es una respuesta (económica) a la crisis.

Tampoco es un documento encasillable, *de partido*. Quienes buscan simplificaciones fáciles, quedaron decepcionados al comprobar que

*el Papa no se hace eco
de estas apreciaciones
y se mantiene en un tono
de esperanza más que
de condena*

las palabras «capitalismo» o «socialismo» no aparecen en el documento. Y tampoco es una encíclica *de condena*. Con frecuencia voces de políticos o sindicalistas han diagnosticado sesgadamente que los culpables de la crisis han sido los bancos, a los que los gobiernos luego tienen que ayudar. El Papa no se hace eco de estas apreciaciones y se mantiene en un tono de esperanza –lo que podemos hacer– más que de condena. En opi-

nión del **P. Federico Lombardi, S.J.**, Director de la Oficina de Información de la Santa Sede, el denominador común de los comentarios a CiV es considerarla un mensaje de esperanza.

No es que el Papa no sea consciente de los problemas del mun-

*yendo a lo concreto,
creo distinguir en CiV
tres enseñanzas claves
de QA: la primera es la
repetición del principio
de subsidiariedad, que hizo
su entrada solemne en la
DSI y era una enseñanza
necesaria en los años
en que todas las corrientes
ideológicas estaban influidas
por el totalitarismo*

do. Ya he señalado que los aborda con claridad tanto a nivel de principios como de concreciones prácticas. Pero el tono es de aliento: la humanidad tiene la misión y los medios para transformar el mundo y hacer progresar la justicia y el

amor en las relaciones humanas, incluso en el campo social y económico. El ser humano, libre, puede lograrlo.

Sus raíces en la Doctrina Social anterior

Otra pregunta recurrente cuando aparece un documento eclesial nuevo es eco de lo que decían los atenienses en el ágora: *Legetai tí káinon? ¿Se dice algo nuevo?* También se ha repetido al aparecer CiV. Rápida y superficialmente se puede responder que hay temas que no se han abordado anteriormente en la Doctrina Social de la Iglesia (DSI). Se ha señalado lo que dice acerca de la educación sexual, minimizada al concebirla sólo como instrucción y técnica para evitar contagios o el «riesgo» del embarazo (44). Pero esto no es enseñanza eclesial nueva, aunque no haya estado presente en la DSI anterior. O la breve alusión a la subsidiariedad fiscal, en el sentido de que el contribuyente pueda decidir a dónde van parte de sus tributos (60). O la petición de una autoridad mundial por encima de los Estados (67), aunque el Papa señala que es una constante desde **Juan XXIII** y podría, con toda razón, retrotraerla a **Pío XII**, aunque CiV no avanza mucho en su concreción.

Más allá de enseñanzas nuevas, tarea nada fácil en una DSI abundante, creo más útil señalar tres raíces de CiV. No son las únicas, pero son importantes: *Populorum Progressio*, *Quadragesimo Anno* y la *Segunda Instrucción sobre la Teología de la Liberación*.

PP está muy presente en CiV. Ya su mismo título presenta como su tema «el desarrollo humano integral en la caridad y en la verdad». El capítulo I se dedica a «El mensaje de *Populorum Progressio*». Las notas primera y última (son 159) se dedican al documento de **Pablo VI** y era intención del Papa hacerla pública en 2007, al cumplirse cuarenta años de la publicación de PP, aunque de hecho haya aparecido dos años después. El contenido central de CiV es prolongación de PP y muchos de sus planteamientos son coincidentes, con la lógica diferencia del tiempo transcurrido y de la personalidad peculiar de cada Papa. Las raíces en PP unen también a CiV a otros documentos citados en las notas: *Octogesima Adveniens* (1971) y *Humanae Vitae* (1968) del mismo **Pablo VI**, *Gaudium et Spes* (1965), de la que PP es continuación, y *Sollicitudo rei socialis* (1987) con la que **Juan Pablo II** quiso conmemorar los veinte años de PP. En esta relación de CiV con PP hay unanimidad en los comentarios aparecidos

hasta ahora. Se confirma la opinión de muchos: PP es la *Rerum Novarum* de la era de la mundialización económica.

Son, en cambio, escasas las alusiones de los comentaristas a la posible dependencia de CiV respecto a *Quadragesimo Anno* (QA) de **Pío XI** (1931). En el texto de la encíclica de **Benedicto XVI** sólo aparece una referencia a QA en la nota 137. Pero, más allá de esta consideración formal, en principio parece razonable que la encíclica de ahora, publicada en tiempos de crisis económica, se inspire en la de 1931, que apareció menos de dos años después del derrumbe de Wall Street.

Yendo a lo concreto, creo distinguir en CiV tres enseñanzas claves de QA. La primera es la repetición del principio de subsidiariedad, que hizo su entrada solemne en la DSI en QA 79 (aunque en germen estaba ya en *Rerum Novarum*) y era una enseñanza necesaria en los años en que todas las corrientes ideológicas estaban influidas por el totalitarismo. Sin que sea contradicción, tanto en QA como en CiV –y es el segundo influjo de la encíclica de 1931 en la actual– se desea que el Estado recupere parte del poder, que le han arrebatado las multinacionales y los centros financieros, para poder superar la crisis. En este sentido

CiV 24, 39 y 41 recuerdan, entre otros pasajes, a QA 109: el Estado, libre de todo interés de partes y atento exclusivamente al bien común y a la justicia, debería ocupar el elevado puesto de rector y supremo árbitro de las cosas. Por último, tanto **Pío XI** (QA 76ss) como el Papa actual desean un nuevo orden social mundial que nazca tras la crisis.

Finalmente quiero mencionar otro documento de la DSI, realizado bajo la guía de **José Ratzinger**, entonces (1986) Prefecto de la Congregación de la Doctrina de la Fe. Dentro del plan de **Juan Pablo II** de aceptar lo positivo de la Teología de la Liberación (TL), situándola a la vez en su puesto respecto al Magisterio de la Iglesia y a la DSI, el Papa encargó a la Congregación de la Doctrina de la Fe dos instrucciones sobre la TL. La segunda, la que ahora nos interesa, incluía una síntesis de la DSI, que iba más allá de otros esbozos aparecidos antes. Esta síntesis basa la DSI en dos principios. El primero es el *Mandamiento del Amor*, nada teórico ni sentimental. Si se me permite el anacronismo, diría que es un amor abierto a la verdad, pues debe llevar al reconocimiento de la dignidad de todo hombre, sujeto activo y responsable de la vida social. La segunda base eran los *principios de solidaridad y subsidiariedad*. Como acabo de

indicar, la formulación de este segundo principio se debía a **Pío XI**, mientras que el primero tenía una tradición más antigua.

Es claro el sentido de esta síntesis, sin duda intencionado. Ante todo insiste en la raíz evangélica, teológica y moral, de la DSI, basada en Dios y en el mandamiento del Amor cristiano. Este amor, podemos decir ahora, abierto a la verdad, no es un mero sentimiento, sino se concreta en el empeño por reconocer la dignidad de todo ser humano, entendido como sujeto activo y responsable de la vida social. Junto a esto, la segunda base, presenta en dos aspectos el quehacer cristiano en la vida pública: la *solidaridad* le abre a los problemas de los otros y condena el individualismo. Y la *subsidiariedad* le hace ser sujeto activo del cambio social, al reducir las competencias del Estado y condenar la abstención y el desinterés ante los asuntos públicos. Si quisiéramos poner etiquetas partidistas –presumibles en un documento de este tipo y de esos años– diríamos que en negativo se aparta del individualismo capitalista y del totalitarismo colectivista.

En CiV el amor es la base: la caridad es la vía maestra de la Doctrina Social (2). No un amor cualquiera, sino uno abierto a la verdad, a la dignidad de cada hombre. Y se basa repetidamente en la solidaridad

y la subsidiariedad. La visión de la DSI que **Ratzinger** explicitó como Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe la aplica ahora como Papa.

Por otra parte, insinuó solamente que las enseñanzas de CiV entroncan con la Teología de la comunión, aludidas anteriormente. Comunión, don, amor y verdad son, opina **Michael Novak**, las ideas básicas de CiV.

La encíclica entronca también con una de las preocupaciones básicas de este Pontífice: el diálogo entre la Fe y la Razón, que expuso en su discurso de Ratisbona y vuelve a presentar en CiV 56: «*La razón necesita siempre ser purificada por la fe, y esto vale también para la razón política, que no debe considerarse omnipotente. A su vez la religión tiene siempre necesidad de ser purificada por la razón, para mostrar su auténtico rostro humano. La ruptura de este diálogo comporta un coste muy gravoso para el desarrollo de la humanidad*». La relación entre Amor y Verdad se enmarca dentro de este diálogo. Como era de esperar, CiV prolonga ideales de **Benedicto XVI**

¿Era necesaria?

La encíclica ha sido largamente esperada. El cardenal **Martino**, Pre-

sidente del Pontificio Consejo *Iustitia et Pax*, en su presentación, esgrimió como razón del retraso que era preciso ahondar en las causas de la crisis. No es convincente esta explicación: CiV no se detiene en ellas y lo que dice se sabía ya hace dos años. Menos creíble aún es la comparación con el retraso

hoy el Estado se encuentra con el deber de afrontar las limitaciones que pone a su soberanía el nuevo contexto económico-comercial y financiero internacional, caracterizado también por una creciente movilidad de los capitales financieros y los medios de producción materiales e inmateriales

(según él, de cinco años) que sufrió *Centesimus Annus*. Porque esta encíclica no salió con retraso respecto al centenario de *Rerum Novarum*. Es más, se adelantó quince días para hacer coincidir, con intención simbólica, su aparición con el 1 de mayo. Y no puede hablarse de cinco años porque la en-

cíclica social anterior, *Sollicitudo rei socialis*, está fechada al final de 1987 y apareció en febrero de 1988, sólo tres años antes de *Centesimus Annus*.

Pero es claro que una encíclica social era necesaria. Han pasado dieciocho años desde la anterior. Y en el mundo se han producido muchos cambios. El mismo cardenal **Martino** señalaba algunos: la técnica se ha impuesto en parte a las

*el estar sin trabajo durante
mucho tiempo,
o la dependencia
prolongada de la asistencia
pública o privada, mina la
libertad y la creatividad
de la persona y sus
relaciones familiares
y sociales, con graves
daños en el plano
psicológico y espiritual*

ideologías, fenómeno subrayado ya en *Octogesima Adveniens*. Lo que entonces llamábamos mundialización, acentuada, es la actual Globalización. Hay un auge del sentimiento religioso y ético, demasiado sincretista a veces. El mapa

geoestratégico ha cambiado con nuevas potencias emergentes.

A todo esto pueden añadirse más cambios: ante todo la crisis, financiera y económica, que debe ser una oportunidad para discernir, pues somos libres (21). Y en los números 24-26 de *CiV* el Papa se hace eco de otros cambios. Desde el punto de vista político, respecto a los años de **Pablo VI** hace notar que «la actividad económica y la función política se movían en gran parte dentro de los mismos confines y podían contar, por tanto, la una con la otra. La actividad productiva tenía lugar predominantemente en los ámbitos nacionales y las inversiones financieras circulaban de forma bastante limitada con el extranjero, de manera que la política de muchos Estados podía fijar todavía las prioridades de la economía y, de algún modo, gobernar su curso con los instrumentos que tenía a su disposición. Por este motivo, PP asignó un papel central, aunque no exclusivo, a los poderes públicos». Pero hoy el Estado se encuentra con el deber de afrontar las limitaciones que pone a su soberanía el nuevo contexto económico-comercial y financiero internacional, caracterizado también por una creciente movilidad de los capitales financieros y los medios de producción materiales

e inmateriales. Este nuevo contexto ha modificado el poder político de los Estados (24).

Pensando en lo económico-social hace un retrato lúcido de la realidad: «El mercado, al hacerse global, ha estimulado, sobre todo en países ricos, la búsqueda de áreas en las que emplazar la producción a bajo coste con el fin de reducir los precios de muchos bienes, aumentar el poder de adquisición y acelerar, por tanto, el índice de crecimiento, centrado en un mayor consumo en el propio mercado interior. Consecuentemente, el mercado ha estimulado nuevas formas de competencia entre los Estados con el fin de atraer centros productivos de empresas extranjeras, adoptando diversas medidas, como una fiscalidad favorable y la falta de reglamentación del mundo del trabajo. Estos procesos han llevado a la *reducción de la red de seguridad social* a cambio de la búsqueda de mayores ventajas competitivas en el mercado global, con grave peligro para los derechos de los trabajadores, para los derechos fundamentales del hombre y para la solidaridad en las tradicionales formas del Estado social. Los sistemas de seguridad social pueden perder la capacidad de cumplir su tarea».

Y continúa hablando de problemas humanos: «La *movilidad laboral*,

asociada a la desregulación generalizada, ha sido un fenómeno importante, no exento de aspectos positivos porque estimula la producción de nueva riqueza y el intercambio entre culturas diferentes. Sin embargo, cuando la incertidumbre sobre las condiciones de trabajo a causa de la movilidad y la desregulación se hace endémica, surgen formas de inestabilidad psicológica, de dificultad para crear caminos propios coherentes en la vida, incluido el del matrimonio. Como consecuencia, se producen situaciones de deterioro humano y de desperdicio social. Respecto a lo que sucedía en la sociedad industrial del pasado, el paro provoca hoy nuevas formas de irrelevancia económica, y la actual crisis sólo puede empeorar dicha situación. El estar sin trabajo durante mucho tiempo, o la dependencia prolongada de la asistencia pública o privada, mina la libertad y la creatividad de la persona y sus relaciones familiares y sociales, con graves daños en el plano psicológico y espiritual» (25).

Respecto a la cultura piensa que la situación ha evolucionado más en los últimos cuarenta años. Hay más posibilidad de diálogo e interacción entre culturas, pero el Papa no oculta el peligro de sincretismo o de rebajar el concepto de cultura (26). Todo ello hacía

necesaria una nueva intervención de la DSI.

Trabajosa y necesaria aplicación de CiV

Al no proponer objetivos que dependan del ciudadano común, al centrarse en principios generales, no resulta fácil encontrar conclusiones y tareas para el cristiano de a pie. Hay, sin duda, aspectos que nos competen a cada uno: lo referente a la familia, a la educación. Y a nuestra actividad económica: estar abiertos a la lógica del don y de la gratuidad (36), no buscar exclusivamente el propio beneficio inmediato sin atender a los demás (40). Y, más en general, hacer reales la justicia y la búsqueda del bien común en nuestra vida (6).

Para acercarnos a estos ideales, muy propios del cristianismo, es preciso que ahondemos en los contenidos de CiV y nos propongamos formarnos personalmente y formar comunidades que tienen como base el amor y la verdad.

Es la gran aportación de la Iglesia a la situación en que vivimos y que debemos modificar. El Papa no da recetas políticas o económicas. No responde a la pregunta *¿Qué acciones debo realizar?*, sino a la cuestión básica: *¿Cómo debo plantearme mi actitud?* Esta cuestión pedirá respuestas personales, concretas y verificables.

Es lo que podemos esperar de un documento papal en estas circunstancias. Nos supone un esfuerzo, sin duda, pero nos señala nuestra tarea que, cada uno personalmente, debemos traducir. Es necesario que la hagamos y que ésta sea la aportación de los cristianos en un mundo donde, no sólo a nivel de gobiernos y actores financieros, sino también a nivel de calle, no abundan quienes buscan el amor y la verdad. CiV nos enorgullece: el Papa presenta con valentía y rigor la realidad. Proporciona además un disfrute intelectual. Y también una tarea, trabajosa, necesaria, noble, cristiana y apropiada para colaborar al desarrollo. ■